



Amor seco

FACTOTUM
EDICIONES

Francisco, Moulia

Amor seco / Moulia Francisco. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Factotum Ediciones, 2025.

168 p. ; 21 x 13 cm.

ISBN 978-987-4198-69-3

1. Novelas. 2. Literatura Argentina. I. Título.

CDD A860

© Francisco Moulia, 2025

© Factotum Ediciones, 2025

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

Edición: Fátima Nieves García

Corrección: Juan Manuel Massaro

Composición de tapa e interiores: Natalia Brega

Imagen de tapa: Julieta Grinberg

ISBN 978-987-4198-69-3

Libro de edición argentina

Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.




Amor seco

Francisco Moulia

FACTOTUM
EDICIONES





*No hay dolor más grande que recordar
nuestros tiempos de alegría en la miseria.*

Dante Alighieri

FACTOTUM
EDICIONES

Hace casi dos años dejé la ciudad y me vine a vivir al monte. Nunca tuve fantasías de horticultor ni ambiciones de serenidad jipi. Vine porque en el lapso de dos meses lo perdí todo y acá tenía algo parecido a un refugio. Llegué escuálido, ojeroso y con un galope cardíaco que, a veces, se parecía mucho a la angustia; otras, al rencor.

Vine al único lugar que me quedaba solo para seguir existiendo, y que en esa necia perseverancia quizás apareciese, en algún momento, un impulso de resurrección.

Gemma ya no está. Quedó lejos. La mugre que dejó su despedida se fue integrando a este paisaje mineral, polvoriento y seco.

En este monte solo prevalecen formas con espinas. Todo en este monte se está defendiendo de todo en este monte.

Hay una guerra muda hacia donde miremos. Gemma, ese recuerdo roto de Gemma con el que me vine, terminó de desangrarse en mi tránsito por este lugar.

No hay nada de resurrección en esto, lo sé. La autopsia de un recuerdo destrozado no revive nada. En el mejor de los casos, ayuda a reconocer las causas de la tragedia.

Quizás resucito el recuerdo de Gemma para ver si esta vez consigo matarlo con amor.

Un mensaje de voz a las seis y veinte de la mañana que decía: “Por favor, vení a buscarme. Estoy mal. Creo que me estoy muriendo. Llévame a casa. O al hospital. Sacame de acá”. No daba mucho margen a interpretaciones. Las opciones eran claras: ir o no ir.

Ir implicaba volverme rehén de ese estado de Gemma. Incluso, el riesgo de que ella muriera en el asiento del acompañante, en algún semáforo en rojo de la avenida San Martín, con el corazón cristalizado de tanta adrenalina y una erupción de rabia alcaloidea taponándole la sonrisa para siempre.

No ir hubiera significado dejársela de rehén al pantano psicodélico de sus horrores, al furor de un seso calcinado, a esa tiniebla que se alimentaba de sus ojos desde hacía, por lo menos, seis años: el tiempo que llevábamos juntos.

Si hay algo que entiendo hoy es que habría sido mejor para ella, para mí y, sobre todo, para mi cuerpo, que no hubiese ido.

Pero fui.

Fui a contenerla. Fui a abrazarla con el amor que me quedaba. Y también, admito, a ostentarle mi

sobriedad. Tenía la ilusión de que sintiera vergüenza ante el contraste de nuestros estados, provocarle algo de culpa, y que esa culpa la hiciera transpirar todo el voltaje químico que tenía encima y, después de no morir, me prometiera que ya estaba, que había entendido que necesitaba rescatarse, que no podía sola e iba a confiar en mí, aunque nos estuviésemos separando.

No sé si quiso y no pudo. O si no quiso y por eso no pudo. En este punto, no me interesa el por qué. Fue la forma lo que estropeó todo.

Los finales siempre suponen un desafío. Todos los finales: el de una novela, el de una relación, el de la vida. Un desafío y una responsabilidad: intentar darle un cierre decente a la historia cuando ya no queda mucho resto ni de fuerza ni de interés.

“Tratemos de que la despedida no arruine el recuerdo más o menos potable que podríamos quedarnos de estos seis años”, le dije a Gemma, cuando el caos todavía era una semilla negra.

Es imposible vivir sin estropearse. Está claro. Pero también es negligente –de una negligencia que se parece mucho a la crueldad– estropearse hasta la devastación de la conciencia, como si el proceso de autoflagelación no le afectara a nadie más que al que se lo está infligiendo.

La forma que adquirió esa despedida con Gemma fue trágica. Convirtió su cuerpo en un calabozo de tortura, y a mí, en su refugio, al que solo venía a recuperarse antes y después de volver a insinuársele a la muerte con una nueva mezcla suicida de drogas.

Esto, aunque quizás todavía no lo parezca, es un intento de ridiculizar esa tragedia. Ridiculizarla, relativizarla, distorsionarla para diluir en el proceso esta amargura.

Además, tragedia es la muerte. Todo lo demás, es incertidumbre e ironía.



FACTOTUM
EDICIONES

Hacía un mes que no veía a Gemma. Habíamos acordado una interrupción de la convivencia para oxigenar la pareja, aunque el arrebato de armarse la valija e irse de casa gritando, llorando puteadas y dando portazos tuvo que ver con que le hubiese cuestionado esa inédita costumbre de consumir cocaína todos los días.

En la esquina de la dirección que me había pasado Gemma, había una figura andrógina sentada en el cordón de la vereda: anteojos negros, capucha cubriéndole hasta el marco superior de los anteojos; se daba golpes con los puños a la altura de las orejas, meciéndose desde la cintura, todo de una forma maquinal y nerviosa. Apenas sintió el motor, levantó la cabeza. Le costó pararse. Le costó como si toda la droga acumulada de la noche se le hubiera estancado en las rodillas. Se subió al asiento del acompañante temblando –más los dientes que el resto del cuerpo–.

–Estoy en cualquie... e... e... raaa –dijo con dos columnas de llanto y agua de moco uniendo sus labios separados en esa “a”.

La abracé. Le acaricié la espalda. Sentí en mi hombro derecho el charco de angustia traspasando la tela de mi remera.

–Llévame a casa, por favor –dijo.

Durante las primeras cinco o seis cuadras, fuimos en silencio; mi mano derecha solo se levantaba de su muslo izquierdo para pasar los cambios. Cuando llegamos al primer semáforo de avenida San Martín, bajé la velocidad para que nos agarrara en rojo:

–Gemma, escuchame... ¿Te podés sacar los anteojos? Necesito saber qué tenés encima. ¿Te llevo al hospital?

–No... no sé.

–Pero, ¿qué tomaste?

–Merca, un montón. MD, también. Y como tres fasos, gin-tonic, birra. Un desastre. Y creo que keta y...

No sé cuántas sustancias más le hubieran quedado por decirme si la bocina del taxista que aparecía en el espejo retrovisor no la hubiese interrumpido.

–El corazón... siento como que pierde fuerza –dijo.

–Te llevo al hospital.

–No. Pará. Necesito... un café. Y medialunas.

–Vamos a casa. Está el hospital a dos cuadras. Ahí vemos.

–Dale –dijo y dejó caer la nuca contra el cabezal del asiento.

No llegó a dormirse. En parte porque estábamos a solo quince cuadras de casa. En parte porque sus pupilas, expandidas hasta el abismo, amenazaban con tragarse todo lo que quedara del lado de adentro.

Estacioné más cerca de la Clínica San Camilo que del departamento. Le sugerí que fuéramos a la guardia. Para que se quedara tranquila. Y, de paso, –esto no se lo dije– para estar más cerca de un desfibrilador. Pero no

quiso. Según Gemma, le daba vergüenza caer al hospital en ese estado.

–¿No te da un poco más de vergüenza morirte?

–Vamos a casa. Necesito dormir.

La cuadra y media que teníamos hasta el departamento, Gemma la hizo abrazada a mí, con la cabeza apoyada en mi hombro, arrastrando las suelas de las zapatillas por las veredas recién baldeadas.

Cuando entró al departamento –ese que habíamos alquilado hacía un año y del que ella se había ido intempestivamente hacía un mes–, exhaló llanto, tosió llanto, me abrazó y me pidió perdón por cosas que solo ella sabía.

Ya en la habitación, me pidió que la desvistiera. La ferocidad con la que su piel se aferraba a los huesos –sobre todo, a las clavículas y las costillas– reflejaban el vacío que llevaba dentro y que parecía querer tragárselo todo, hasta hacerla desaparecer. La imagen se volvía más estremecedora al contrastarla con la de esa Gemma desnuda con la que había estado hacía un mes, unos días antes de que se fuera de casa: espléndida, casi temible en la firmeza y elegancia de sus curvas; pechos voluminosos, del tamaño que deberían tener todos los pomelos del mundo; una cintura amplia, “ideal para tener bebés”, en palabras de la madre de Gemma; y una lordosis lumbar que le daba al comienzo del culo un vértigo intimidante. Quizás exagero. Yo la veía así. Como sea, el contraste fue escalofriante.

–No, vení. No te vayas. Quedate acá, al lado –dijo y se acomodó bocarriba, con las dos manos apoyadas en la teta izquierda.

Me quedé mirando el techo, custodiando la respiración de Gemma en los intervalos en los que el flujo de tráfico de la avenida Ángel Gallardo se interrumpía por sesenta segundos, lo que duraba la luz roja del semáforo de Valentín Virasoro.

Dos meses. Dos meses y listo: ella se vuelve a Italia, y vos bueno, ya verás por dónde empezás a reconstruir tu vida, fue lo que pensé apenas sentí el primer ronquido de Gemma.

Ronquido que, a los pocos minutos, mutó en un bruxismo trepidante: las muelas de arriba trenzándose a muerte con las de abajo; astillas de calcio fundiéndose con la saliva metálica que Gemma había cosechado durante la noche y que ahora le hacía exhalar ese aliento a pantano sulfurado.

El roce de los dientes de Gemma triturando su propia respiración empezó a dolerme. Fui hasta el comedor y me senté frente a la computadora. Necesitaba tomar distancia de ella, aunque solo fuesen unos pocos pasos, para volver a mí; para recordar que, más allá de Gemma, yo tenía una vida repleta de preocupaciones que me estaban reclamando un nivel de lucidez operativa que, desde hacía bastante más de un mes, no lograba alcanzar.

Algunas de esas preocupaciones eran: entregar dos ensayos y una traducción dentro de la próxima semana; acompañar a un amigo al que le habían diagnosticado un 93% de probabilidades de cáncer cerebral; pagar el alquiler sin el 50% de Gemma –lo que reforzaba la necesidad de entregar esos trabajos–; mejorar esa dieta que me había autoimpuesto a base de tabaco, vino y nódulos de angustia; encontrar un lugar para vivir después de esos dos meses; entender dónde sepultar todo ese futuro que

habíamos fantaseado con Gemma y que, en ese preciso instante, estaba siendo despedazado por sus muelas.

Es posible que en ese panteón que comparten las brujas, los centauros, las sirenas, Zeus, Ra, Dios, Alá, Buda, Papá Noel, el ratón Pérez, el Ministro de Economía que baja la inflación en Argentina, y el resto de las ficciones que la humanidad inventó e inventa para no sentirse tan huérfana ante el tótem definitivo de la muerte, ahí, en esa bóveda ideal donde se acumulan todas las cosas en las que necesitamos creer, quizás también esté esa versión de Gemma que me dijo, después de una siesta de cinco horas, antes del tercer sorbo de café: “No te quiero perder, Mou. Pero, así como estoy, siento que te hago mal. No sé qué hacer. Por favor, ayudame”.

Hoy, a un abismo de Gemma, en una tregua bastante frágil con su fantasma, identifico tres problemas en esa charla. El primero: Gemma tenía tantas ganas de creer en lo que decía que se convenció de que era cierto. El segundo: yo tenía tantas ganas de creer en esa certeza fingida de Gemma que le creí. El tercero: la cocaína.

FACTOTUM
EDICIONES

El hermano de Gemma, como yo, como la mayoría de los niños nacidos en la década del ochenta, entendió lo aburrido y lo poco heroico que era su padre después de ver la primera película de Indiana Jones. Es más: el hermano de Gemma, como varios de nosotros, respondía “arqueólogo” cuando le preguntaban qué quería ser de grande. La diferencia entre el hermano de Gemma y casi todos estos niños hijos de los ochenta es que él no se dejó desalentar por las objeciones de sus padres; tampoco permitió que el mandato de productividad que le imponía el capitalismo se burlara de esa fascinación infantil por una carrera de la que no tenía idea. No. El hermano de Gemma ostenta en alguna pared de su casa el título de “Laurea Magistrale in Classical Archaeology” otorgado por la Universidad de Roma Unitelma Sapienza.

Ahora bien, veamos algunas diferencias entre el hermano de Gemma y Harrison Ford.

Lo más cerca que estuvo Harrison Ford de ser arqueólogo fue interpretando el papel de Indiana Jones. El hermano de Gemma, en este sentido, le lleva una clara ventaja.

Por otro lado, el biólogo estadounidense Norman I. Platnick bautizó *Calponia harrisonfordi* a una nueva especie de araña descubierta en 1993 en honor a Harrison Ford por su contribución con el Museo Americano de Historia Natural. Ningún insecto fue nombrado en honor al hermano de Gemma.

Harrison Ford tiene 300 millones de dólares, convenció a Martin Sheen de cruzar el apocalipsis de Vietnam para ir a matar a Marlon Brandon, entendía lo que decía Chewbacca, logró escaparse de Tommy Lee Jones, tuvo de enemigo íntimo a Brad Pitt. El hermano de Gemma, no.

Harrison Ford no viajó a Buenos Aires para visitar a su hermana, ni se obsesionó con probar la cocaína local; tampoco compró una tonelada de esa cocaína y, antes de volverse a Italia, dejó tres bolsitas enteras como para que su hermana se tentara y, ante el primer nariguetazo a escondidas, se reactivara en ella el volcán de la adicción. El hermano de Gemma, sí.

Con Gemma nos separamos por varias toneladas de motivos. Y ninguno de ellos fue la cocaína. En todo caso, quizás hubo algo de la forma que adquirió la cocaína en esa volcánica personalidad de Gemma. O viceversa: cómo esa personalidad de volcán de Gemma encontró en la merca un argumento definitivo para arrasarlo todo.

La única mujer que me había pegado antes de que Gemma lo hiciera había sido mi madre. Y habían pasado más de treinta años de ese chancletazo. Ya no me acuerdo ni por qué estábamos discutiendo –incluso, es probable que, al momento del impacto, ninguno de los dos lo tuviera del todo claro–. Tuve una adolescencia incómoda. Para mí, para mi madre y, prácticamente, para todos los que me rodeaban: militante de un existencialismo hueco, soberbio como un gato, intolerante y agresivo... también como un gato, y bocón, bocón hasta la mismísima estupidez. En buena medida, el hecho de que hoy, a mis cuarenta y dos años, no tenga hijos tiene mucho que ver con el pánico que me da tener que lidiar con un adolescente que sea la mitad de irritante e insensato de lo que fui yo a esa edad.

Mi madre, por su parte, tiene rasgos de personalidad que bien podrían aparecer en boca de un buen vendedor de tractores: dura, tenaz y con una sensibilidad hidráulica implacable. Ese chancletazo –fueron varios, en realidad, y con una chancleta ortopédica que tenía diez centímetros de espesor de suela– fue un límite. Un límite que yo necesitaba. Claro que recién hoy lo entiendo. En ese momento,

la odié. A ella y a su chancleta pedagoga. Porque, hay que decir, tan hidráulica era su sensibilidad como su fuerza, y el cachete derecho me quedó latiendo por días –quizás fueron horas–. Bueno, no me acuerdo por qué estábamos discutiendo, pero es probable que yo tuviera razón, es decir, que mis argumentos fueran más consistentes que los de ella, pero que salieran de mi boca de una manera atolondrada y beligerante.

Y, se sabe, la forma más fácil de no tener razón es errarle a la manera de comunicar los fundamentos.

Treinta años después, Gemma me pegó con el puño cerrado en la oreja izquierda. El movimiento del golpe fue tan lento y anunciado que casi me imploraba que me corriese de su torpe parábola. Y si no llegué a cubrirme fue porque, hasta el momento del impacto, todavía conservaba la esperanza de que no fuera real.

–No me arrepiento de nada y me arrepiento de todo. Estoy loca, Mou. No sé cómo empezó todo esto, pero necesito tranquilizarme un poco –dijo Gemma la tercera noche que llevábamos juntos en casa, después de la mañana en la que nos convenció (a ella y a mí) de que se estaba muriendo.

–Capaz la merca te pone así, Gemma, digo, en este estado de aturdimiento. Venís rebotando: euforia, depresión, euforia, depresión. No hay cabeza ni corazón que aguante.

–Qué tiene que ver la merca. No es la merca. Soy yo. Yo soy un infierno.

–¿Y la merca te hace menos infernal?

–La merca me saca por un rato del infierno que soy.

–Gemma, no hay droga que pueda sacarnos del infierno que somos. Hace tres días que no consumís. Es lógico que la vida te parezca lenta y aburrida, y que caigas en un rodeo metafísico de tus decisio...

Acá vino el golpe. Torpe y anunciado, sí; pero no por eso menos hiriente.

–¡Me estás diciendo drogadicta! ¡Vos! ¡Que te chupás un vino cada vez que escribís! ¡Stronzo di merda! ¡Me voy! ¡No sé ni para qué carajo volví!

Y se fue.

De ese golpe me quedó un zumbido, una especie de interferencia aguda que ensució la voz del mundo y que todavía hoy late en mi oreja izquierda.

Gemma talló en ese tímpano parte de su angustia infernal.

Salí a la terraza, me prendí un cigarrillo y apoyé los antebrazos en la baranda. Abajo, a nueve pisos de distancia, el tráfico bullía como una secreción de luces incoherentes. Los motores, los bocinazos, algunas risas de balcones vecinos, todo era zumbido.

Gemma me había pedido ayuda. Gemma me había jurado que lo que más quería era recomponer las cosas en esos dos meses que nos quedaban hasta que se volviera a Italia. La misma Gemma, tres días más tarde, había dejado parte de su infierno en mi tímpano izquierdo, ignorando que, en ese impulso, también estaba despertando el mío.